



Bernardo Monteagudo

Ensayo sobre las ventajas de la paz respecto de ambos partidos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

Ensayo sobre las ventajas de la paz respecto de ambos partidos

Esta es la cuestión más importante así en la teoría como en la práctica, que puede hoy presentarse a los ojos de un político, aun cuando sus circunstancias le separen de todo contacto con los que disputan la posesión del territorio. En el examen que vamos a hacer de ella, es innecesario apelar a las razones abstractas y motivos preexistentes calculados para demostrar que la paz a nadie es tan ventajosa como al que emprende la guerra, defraudando la justicia. Cuidaremos de contraernos precisamente a los hechos que resuelven por sí mismo en el estado actual el problema indicado, sin dejar efugio a la duda, ni permitir al espíritu de partido que insista con obstinación, en lo que no puede sostener con fundamento. Los imparciales conocerán que lo somos, pues no pretendemos el aplauso de los que no lo sean, ni nos honraría su elogio, cuando la experiencia enseña cuáles son las reglas de su crítica.

El 8 de septiembre del año décimo de la revolución pisamos por la primera vez las playas del Perú: algún día se levantará un monumento sobre el lugar en que el Ejército Libertador ofreció a la tierra de los Incas las primicias de su constancia y heroica decisión a salvarla. Nuestros soldados empezaron a marchar y desde aquel momento el enemigo empezó a huir de su presencia: aun no ha osado detenerse una sola vez, sin arrepentirse de su temeridad. Encontramos un país desierto, no por la voluntad de sus habitantes sino por la fuerza de los que al evacuarlo, le impusieron la dura ley de renunciar a sus comodidades por servir a las miras del gobierno.

Una respetable división al mando del general Arenales se puso en movimiento a los pocos días con dirección a la Sierra: los enemigos han procurado dar a esta fuerza un carácter de ineficacia y nulidad, sin advertir que el resultado hace más conspicuo su mérito, pues que ella bastó para allanar el paso hasta Retes, donde se reunió con el ejército, a pesar de los obstáculos de la naturaleza y la fuerza que le opusieron desde Ica hasta el Cerro de Pasco. Si esto prueba que la opinión y los medios de sostenerla están y han estado desde el principio en nuestras manos, decídanlo los hombres que piensan.

Casi al mismo tiempo que la victoria abandonó en Pasco a las armas del Rey, el batallón que formaba el simulacro del poder de Lima, vino a buscar el centro de nuestras filas, para recobrar entre ellas la dignidad de hijos de Colombia, eclipsada hasta entonces por la sombra que extendía sobre sus pechos el fúnebre pabellón que enarbolaban por la fuerza y en defensa del cual habían contribuido tantas veces a derramar la sangre de sus conciudadanos. Estos dos sucesos poco menos que simultáneos, acabaron de resolver el problema político que se propuso el 8 de septiembre. La balanza del poder moral y de la fuerza se inclinó en nuestro favor irrevocablemente; y la verdad nos obliga a decir que antes de esta época el entusiasmo de la mayor parte de los pueblos se mantenía oculto en su

propio germen: este fue el momento de su primer desarrollo. Los que dormían en la indiferencia se levantaron con la energía del que ha reparado en la calma de un profundo sueño sus fuerzas agotadas: todos fijaron la vista en el Ejército Libertador y se dijeron unos a otros, he aquí la época decisiva de nuestra suerte: basta de esclavitud y abatimiento. La superioridad marítima en el Pacífico había cesado de pertenecer a los españoles desde el 6 de noviembre a las 2 de la mañana, no porque antes no le hubiesen perdido de hecho, sino porque en el cálculo de la opinión pública faltaba un suceso, que hiciese sentir prácticamente su existencia y su poder. La fuga de la Prueba y Venganza; la pérdida de la Proserpina, la toma de Aranzasú y la reunión del pailebot Sacramento han acabado de llenar la página que empieza con la inmortal empresa de abordar la fragata Esmeralda (hoy Valdivia) bajo los mismos fuegos de las tremendas baterías del Callao. Con excepción de la batalla de Pasco, no hemos tenido por tierra sino sucesos subalternos, aunque siempre gloriosos: una pequeña fuerza que guarnecía Huaras, vio asomar nuestras tropas y se rindió: Chancay ha sido el teatro de varios encuentros, en que nuestra caballería ha sostenido el crédito que adquirió desde el año 12: un corto destacamento de infantería arrolló doble fuerza en Chíncha baja y quedó en posesión de su honor y de su puesto. Las partidas de guerrillas han hecho célebre el nombre de la provincia de Huarochiri, hasta los puntos más vecinos a Lima: sus continuas ventajas obtenidas sobre los enemigos comprueban que las armas que pone el entusiasmo en mano de los que defienden la tierra en que nacieron y que conocen desde que existen, son irresistibles. Nosotros no necesitamos observar lo que los mismos enemigos confiesan: la privación de los artículos más necesarios a la vida que ha sufrido aquella capital, no es debida sino a la constancia de los comandantes de partidas: las fuerzas que se han destacado contra ellas, en varias ocasiones o han sido batidas o no han podido dominar sino el espacio que transitoriamente les permitía ocupar la sorpresa.

En fin, estamos en aptitud de poder preguntar ¿en qué punto han sido desgraciadas las armas del Ejército Libertador, desde que apareció en el Perú?

Se guardarán bien los enemigos de citar el único contraste que sufrió en enero una de nuestras avanzadas, porque saben que tenemos derecho a jactarnos del glorioso revés que experimentaron entonces los vencidos (1). Confiamos también, que no reputarán entre las empresas dignas de su valor, la disolución de algunos grupos de hombres reunidos en varios lugares de la sierra y dispersados por las tropas de Lima, que han tenido la satisfacción de triunfar de la impotencia y castigar con rigor a los que habían incurrido en la piadosa culpa de intentar defender su patria, arrojando temerariamente los peligros.

Hablaremos de la opinión, de ese gran conductor eléctrico, que con una rapidez igual a aquella con que se propaga el fluido que produce los más portentosos fenómenos de la naturaleza, ha difundido el espíritu de libertad, en toda la extensión del Perú, desde septiembre del año anterior. En vano se ha procurado con empeño dar una idea desventajosa de nuestras fuerzas: los pueblos han creído lo que les inducían a creer sus intereses, unidos a la realidad de los hechos que han palpado: desde Pisco hasta Guayaquil, todo se ha conmovido progresivamente por la acción irresistible del poder moral. Es inútil atribuir esta variación exclusivamente a los jefes que han tenido el mérito de dirigirla: el buen éxito de sus combinaciones hacen honor a su energía; pero ella habría sido estéril, si el espíritu público no hubiese estado preparado a seguirla. Se ha dicho ya muchas veces, las revoluciones son la madurez de los sucesos y no la obra de individuos determinados a cuyo genio sólo pertenece discernir el momento de la ejecución.

Uno de los cálculos que se le ha frustrado al enemigo con más sorpresa, ha sido el ver que

con los recursos del territorio que ocupamos, hemos hecho frente a los inmensos gastos que demanda la subsistencia del ejército y la escuadra, sin que en más de ocho meses de campaña que llevamos, se haya impuesto una sola contribución o se haya hecho gemir a un solo habitante, ni tocado el recurso extremo de despojar los templos de lo que la piedad dedica al culto como acaba de practicarse en Lima. El patrimonio de los pueblos ha bastado para llenar nuestras urgencias y nosotros mismos hemos admirado más de una vez, hasta qué grado se extiende la fecundidad de este recurso. Es verdad que nuestro ejército no conoce las necesidades que el de Lima y que nuestra mediocridad es miseria a los ojos de los que no defienden lo que nosotros defendemos: poco importa que así se crea, con tal que los pueblos vean que sus sacrificios sólo se emplean para conservar la existencia de los que la han consagrado a libertarlos. Entretanto no es menos digna de admiración la sobriedad de nuestras tropas, que el generoso desprendimiento de aquellos: las rentas del territorio independiente jamás han producido por la fuerza lo que hoy rinden espontáneamente: tal es el poder de la opinión.

En fin, los hechos que acabamos de indicar ligeramente, con la idea de traer a la memoria de cada uno detalles de mayor importancia, deciden a cual de los dos partidos conviene más la paz en la crisis a que hemos llegado; si a los que han vencido desde que se abrió la campaña, a los que tienen a su favor toda la devoción del país, a los que dominan el Pacífico y no temen ser arrojados de él, a los que comparativamente poseen más de lo que necesitan; o a los que forman el contraste de este cuadro.

Sea de ello lo que fuere, declaramos que nuestro más ardiente voto es por la paz y nos persuadimos que todo el que ame los intereses de su país, renunciará las más espléndidas ventajas de la guerra, con tal de ver asegurada nuestra independencia y poder dar a la humanidad la enhorabuena, de que ya no volverá a estremecerse a vista de los horrores que han desolado la América. Este es el sentimiento que entretienen hoy todos los pueblos y bien lo han manifestado sus trasportes, desde que se ha anunciado que aquel va a ser el término de las conferencias de Punchauca.

Jamás se han sentido tanto como ahora las leyes de esta especie de gravedad moral, que arrastra a todos los pueblos a su independencia: el archipiélago de Chiloé, acaba de proclamar por sí solo el sistema de todo el continente y ha mandado sus diputados cerca del gobierno de Chile: la ciudad y pueblo de Maracaybo, se ha unido a los independientes de Colombia, según las últimas noticias; y por último, todo el que respira en América y se acuerda que en ella se perfeccionó su existencia, vive de la esperanza de verla restituida a sí misma. Ha dado la hora de decir si ha terminado la guerra para siempre o si los estragos pasados no han sido sino el ensayo de otros más crueles. ¡Mil veces desgraciado el que vote por obstinación la desventura de la América y de la misma España! Si tal existe, deseamos que sea víctima de la cólera del cielo, antes que ser la causa del escándalo de los hombres.

(N. 7-El Pacificador del Perú -Barranca, Junio 10 de 1821.)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

